

dad una definicion tan hermosa como profunda: "La verdad es lo que es;" es decir, lo que existe por sí mismo, porque solo lo que tiene existencia por si, cuenta con la plenitud del ser. Así pues, la verdad para serlo, debe ser increada. Síguese de aquí que debe ser una; ora porque la pluralidad agrega algo al ser y se opone á su plenitud, ora porque el órden exige, en todo linaje de ideas, la pre-existencia de la unidad. Tiene que ser inmutable, porque lo que está sujeto á cambios no es uno en todo su ser; infalible, porque lo que no cambia ni puede cambiar jamás, no puede inducir á error; fecunda, porque lo que es uno y existe por sí, es esencialmente activo y contiene en su seno poderosísima virtud generante.

¿Puede decirse, siquiera sea por divertimento, que los sistemas filosóficos, en la integridad de su doctrina, contienen así la verdad, una é increada, inmutable, infalible y fecunda? La respuesta brota de todos los labios: no contienen la verdad increada, porque en el laborioso tejido de sus deducciones absurdas, son parto del entendimiento del hombre y una causa limitada y finita no es capaz de producir un efecto infinito, sin límites en el espacio, sin límites en el tiempo: no la contienen una é inmutable, porque son múltiples y cambian y se transforman y mudan año por año y día por día: la historia dilatada de sus mutaciones y cambios así lo confirma sin que haya lugar á duda: no infalible, porque: ¿quien puede creer en lo que es hoy y mañana desaparece? no fecunda, porque lo que lleva en su seno la muerte, es estéril con esterilidad absoluta. Sus engendros, si los hay, son fantasmas y sombras horripilantes.

Y sin embargo, Señores: solo con dotes tan altas, con cualidades tan eminentes, puede la inteligencia asentir á determinada proposicion con asentimiento universal y perpetuo, puede descansar tranquila, puede gozar satisfecha. ¿Por qué? porque la unidad la atrae con atraccion poderosísima é irresistible, lo inmutable la fija, la infalibilidad la subyuga, lo fecundo la en-

canta, la superioridad incontestable y reconocida de lo que existe por sí, la avasalla y la rinde con rendimiento absoluto y con omnímodo vasallaje.

¡Oh luz bellísima de los cielos, augusta verdad católica! Cuán hermosa te contemplo difundiendo vivísima claridad por los ámbitos de todos los mundos, por los espaciosos horizontes de la verdadera ciencia, por el Oceano infinito de la sabiduría increada que nadie ha explorado ni explorará jamás en la eternidad de los siglos. Ya no me maravilla que hayas atado con lazo de oro las sublimes inteligencias de los Agustinos y Pablos, de los Atanasios y Ambrosios, de los Crisóstomos y Bernardos, de Buenaventura y Tomas de Aquino, dándoles á la vez, alas tan poderosas como las del Condor atrevido para volar á regiones elevadísimas y á alturas inconmensurables. Y cómo no, si no hay una sola palabra de verdad que no proceda de tí, Verbo eterno que fecundizas el abismo de la metafísica trascendente, y que, tomando carne, diste razon de ser á la materia y á las ciencias que se ocupan en estudiarla. El hombre no ha sido capaz de crearte, porque de tí procede su existencia que tanto le enorgullece y el lenguaje de que se sirve para pronunciar blasfemias horrendas y concebir absurdos inexplicables.

Oh! vedla, Señores, atravesar las edades con serena magestad y portentosa soberania. Una en Adan y en Moyses, en Salomon y David, en los Reyes de Judá y en los Profetas de Israel: en Jesucristo y sus enviados: en los Concilios y los Padres, en Pedro y sus sucesores.

Columna gigantesca, roca de solidez inquebrantable, ha resistido á las borrascas del huracan y á las tempestades del Oceano, inmutable y fija, luciendo en su cúspide el brillador fanal que disipa las tinieblas y enseña el puerto de salvacion á los que se hallan próximos á perecer en el naufragio. Arbol de tronco secular y de prodigiosa hermosura, toca con su cima

los cielos y cubre bajo su sombra refrigerante los bosques y las florestas, los valles y las alturas: lleva su savia fecundadora á la última de sus ramas y produce frutos de variedad infinita, si bien unos, en el origen comun de la vida que los sustenta.

Una y fecunda, Señores, porque la unidad fecundiza y la fecundidad presupone la fuerza creatriz de lo que existe por sí, como si se dijera, de lo que es uno.

Los pertinaces enemigos de la verdad católica, queriendo convencerla de error y argüirla de impostura, han penetrado en las entrañas de la tierra y en los abismos del espacio sin límites, inquirido el secreto de la vida y estudiado al hombre en su origen, su antigüedad y su constitucion: no es otro el espíritu en que se inspiró el asombroso movimiento científico de los dos últimos siglos. Y ¿qué resultó Señores? que la fuerza misteriosa que calladamente obra en ellos y está en ellos, los llevó como de la mano á demostrarla y robustecerla cuando deseaban destruirla: que los estudios geológicos, paleontológicos y astronómicos, que los minuciosos esperimentos biológicos y las audaces tentativas de la antropología tripartita, han venido á servir, no solo para confirmar la exactitud del divino testo, sino para convencer de que la verdad es una en todos los órdenes del saber y en todas las conclusiones de la ciencia. Numerosos y variados ataques hicieron necesaria la multiplicacion de los medios de defensa patentizando la fecundidad de la doctrina combatida y el idéntico resultado de los estudios científicos patentizó su unidad que siempre llenó de asombro á las inteligencias privilegiadas. Y véase aquí por qué la verdad del catolicismo, segura de su fuerza, ni condena los importantes adelantos de la época, ni rechaza las disquisiciones de los sabios: cuantas leyes logre establecer el astrónomo, cuantas verdades descubrir el naturalista, cuantos inventos el industrial y el mecánico, cuantos cálculos trascendentales el matemático;

en suma, cuanto de sólido y verdadero consigan fijar las ciencias, tanto es de ella y tanto le pertenece, porque ni podrá destruir una sola de sus enseñanzas supremas, ni dejará de estar contenido, como en su gérmen, en el poderoso Verbo que la sostiene y la apoya. Estúdiense cuanto se quiera, los astros y sus leyes, la tierra y sus capas, los cuerpos y su composicion, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño: visitense las regiones mas ocultas al humano saber, la doctrina católica ni se preocupa ni se alarma; antes bien, envia sus sabios como Remusat y Cuvier, como Secchi y Moigno al frente de la pléyade ilustre, de la investigadora falange. Y ¿qué motivaría su preocupacion, cuando sabe que su libro sagrado revela las verdades ocultas y se anticipa á los descubrimientos? Mucho antes que Copérnico, Torricelli y Lavoisier nos hablasen del movimiento de la tierra, de la redondez de su forma y del peso del aire que la circunda, el varon justo de Idumea pregonaba estas verdades, como si fueran para él, en alto grado sencillas. "*Qui commovet terram de loco suo.*" "*Circuivi terram*" "*Qui fecit ventis pondus.*" Mucho antes de que los géologos nos señalaran el órden de las capas terrestres, Moyses, el primer historiador de los siglos, lo tenia señalado con absoluta precision y con exactitud rigurosa. Nos cuenta que fueron separadas las agüas "*quae erant sub firmamento*" que estaban debajo del firmamento, de las que estaban encima "*ab his quae erant super firmamentum*" y con ello nos revela bien claro la identidad de la materia que compone los astros, genérica conclusion á que han llegado los asombrosos portentos del análisis espectral. El sabio Rey que calificó de vanidad la sabiduria de los hombres, nombra los polos del esferóide terrestre: "*Cardines orbis terrae*" y conoció primero que Laplace y que Newton las leyes de la atraccion universal y el movimiento giratorio de las inmensas mōles diseminadas en el espacio. ¿A dónde voy, Señores? casi no hay una sola verdad, un solo descubrimiento de

los que causan el orgullo de la época que no se revele con claridad, ó por lo menos se indique, en la palabra santa de Aquel que preside á todas las ciencias. Consagrémonos á su estudio con ardor anhelante; pero cuidemos de colocarlas en la gerarquía que les corresponde, en el órden que la naturaleza misma les fija: el espíritu antes que la materia, el principio antes que el fin, el fin antes que los medios: no salvémos la escala de subordinación, no alterémos ese órden y en lugar de recojer las diminutas migajas del maná de la inteligencia, gustarémos con delicia el pan entero de la verdad, una é increada, inmutable, infalible y soberanamente fecunda.

Señores: La verdad en el entendimiento es el bien en la voluntad y la justicia en la acción. Dadme hombres que sigan, sin desviarse, los senderos de lo verdadero y os formaré pueblos felices, que á la sombra de la libertad y protegidos por el derecho, recorran las anchas vías de la civilización y de los adelantos legítimos. La suerte de las sociedades depende, á no dudarlo, de su constitución íntima, es decir, de los hábitos y las costumbres, de las inclinaciones y tendencias, de las ideas y de los principios que dominan en los individuos que las forman. A principios verdaderos corresponden hábitos rectos, á ideas exactas, costumbres moralizadas. Por el contrario: á ideas y principios disolventes y anárquicos, hábitos y costumbres de disolución y de muerte. Si Dios es un mito y el alma una preocupación: si la materia lo es todo y el espíritu nada, luego al punto el desenfreno y la insensatez, la sensualidad y el impudor ocuparán la superficie del globo infiltrándose á manera de ponzoña letal en el corazón de los pueblos. Si se echan por tierra los fundamentos solidísimos en que se basa la propiedad y se sostiene el derecho, la rapiña y el robo, la fuerza y la tiranía, presentarán desde luego sus títulos de legitimidad al examen de los sabios y á la consideración de las gentes. Si la santidad del matrimonio se desconoce ó menosprecia, los despojos

venerables de la familia irán lejos, muy lejos á producir mortíferos frutos y funestísimos resultados en el seno de la sociedad civil y en el seno de las naciones. Agrupamiento informe de individuos engendrados por el accidente ó el capricho y sostenidos por el egoísmo ó por el interés ¿dónde buscar las raíces de la ciudadanía, dónde los sentimientos heroicos del patriotismo, la abnegación y la virtud? El niño perderá la corona resplandeciente de su inocencia y su candor: la muger, las fragantes azucenas de su castidad y las encendidas rosas de su amor como esposa y como madre: el hombre, los restos miserables de su dignidad y de su fuerza en las impuras saturnales de la prostitución y del vicio.

Sin formar muchas frases, porque el tiempo corre y noto que el cansancio se apodera ya de vosotros ¿cuál ha sido el elemento que sirvió para regenerar á las antiguas sociedades paganas? ¿De qué fuente ha nacido el principio moralizador y fecundo que dignificó al hombre aboliendo la esclavitud, que santificó á la muger é hizo al niño objeto de tierna solicitud y de amoroso cuidado? En dónde hemos aprendido á conocer el origen verdadero de la autoridad, las bases racionales de la obediencia, el respeto á los derechos de todos, la soberanía de los Estados y esa misteriosa relación que une todas estas cosas tan grandes y tan santas y las encamina y ordena á un fin mucho más alto que los transitorios goces de la opulencia? Ah! Señores: solo la verdad católica ha podido ilustrarnos á propósito de asuntos tan importantes. Bajo su influjo poderoso se fundaron las escuelas y los liceos, las Academias y Universidades, centros magníficos de instrucción y de sabiduría que difundieron vivísima claridad por el mundo. Ella salvó los restos de la antigua civilización en los claustros, impulsó las ciencias y las artes, el comercio, la agricultura y la industria. A su voz, los bosques impenetrables y deletéreos pantanos se convirtieron en regiones feraces y deliciosas, los mares enseñaron sus

rutas y los astros sus movimientos. A su voz, tomó vida la poderosa palanca del pensamiento que hoy sirve de vehículo á la civilización de todos los países y de todos los siglos. Habló y el derecho asentó sus bases rompiendo con estrépito pavoroso los lazos y las cadenas. La muger vino á ser reina y se sentó en el hogar alcanzando, con la ternura de sus sentimientos y la pureza de su oración, la paz de la familia, la reforma de las costumbres y la felicidad del Estado. He aquí por qué, la verdad católica satisfaciendo á las inteligencias, es la única que contiene el principio de la completa regeneración de los pueblos.

Ella es la que debe presidir á la educación de los jóvenes, si se quiere darles un guía seguro que los acompañe á visitar todas las regiones del saber y todos los órdenes de la ciencia, si se desea preservarlos del contagio de la época, formar hombres sabios, patriotas y virtuosos y salvar á nuestra querida patria de los tremendos males que la amenazan, especialmente hoy que, dada la facilidad de las comunicaciones, la República vecina se apresura á traernos, con la prosperidad del comercio y los adelantos de la materia, la desoladora división de las creencias. Si no me equivoco, tal es la idea á que debe su establecimiento el humilde plantel cuyos primeros trabajos concluyen en esta noche. Un hombre recto, un Sacerdote ejemplar que llora sobre las desgracias de su país y de su siglo como los antiguos profetas sobre las desventuras de Sion, que pone el oído á las suavísimas inspiraciones del Dios de toda verdad, que inflamándose en el fuego de caridad ardentísima. . . . Escusadme, Señores, se encuentra entre nosotros y no me es permitido lastimar su modestia. . . . Decía que. . . un Sacerdote virtuoso concibió el pensamiento de fundar el Liceo. Quiso Dios bendecirlo y la buena voluntad de varios profesores estimabilísimos fué el medio humano de que tuvo á bien servirse para su realización: en cuanto á mí, sobrecogido, asus-

tado por la grandeza de la obra, solo he podido allegar una piedrecilla ligera, un grano de arena del todo insignificante.

Jóvenes alumnos: fijas están en vosotros las esperanzas de la Religión y de la patria. Estudiad con aplicación y con empeño perseverante. El trabajo es difícil, la senda escabrosa, la obra grande sobre toda ponderación; pero tened entendido que solo vence quien combate y solo se galardona el vencimiento. Las emociones dulcísimas que experimentais en esta noche os servirán, no lo dudo, para animaros á redoblar vuestros esfuerzos.

He concluido, Señores. La atención con que os habeis dignado escucharme es una honra inmerecida que no olvidaré jamás, y á la vez, un indicio seguro de vuestra benevolencia. Si os he fatigado dispensadme, teniendo en mira la importancia del asunto que á vuestra consideración he procurado esponer. Feliz yo si he logrado producir el convencimiento en algún espíritu vacilante ó robustecer al menos la firmeza de vuestras creencias. Mas feliz aun, si he conseguido atraerme vuestra cooperación, con algún hecho, con alguna palabra siquiera, para el adelanto de este plantel que encierra el porvenir del Estado de que sois hijos y acaso, acaso. . . . el porvenir de la patria.—Dije.



